

843

Q

PQ2378

.03

C358

ES PROPIEDAD.—DERECHOS RESERVADOS.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra.»

Las batallas de la vida.

El Camino de la Gloria.

PRIMERA PARTE

I

Cayó el telón entre atronadores aplausos, y las bailarinas que llenaban la escena se lanzaron, dando un grito de alegría, á través de la nube de dorado polvillo que se elevaba lentamente, y desaparecieron por los corredores, rompiendo el armonioso orden del conjunto. Al otro lado de la cortina, la orquesta hizo oír los últimos compases, y en medio del barullo producido por el final de acto, un joven alto, moreno, de ojos negros y pálida tez entró en el escenario y se dirigió hacia la primera tiple, que lentamente se alejaba conversando con el tenor.

—¡Ah! Hé aquí nuestro autor..... ¿Dónde estaba usted, querido maestro? No le he visto en el palco de la dirección.....

—No; he estado en la sala con unos amigos.....

—¡Ah!—dijo la artista, cuya mirada vaciló un momento para fijarse después, penetrante y aguda, en el rostro del joven.

—¿Ha quedado usted contento de nosotros?—preguntó el tenor.

—Muy contento.

El director de escena se acercó al grupo, é interrumpió la conversación diciendo:

—Señorita Brillant, deteniéndose en las corrientes de aire se enfriará usted seguramente; y usted, señor Fernández, será causa de que empecemos el acto con retraso, pues aún tiene la tiple que cambiar de traje; todo esto sin contar con que, siguiendo aquí, nuestro querido maestro corre el riesgo de que le caiga un bastidor en la cabeza..... Yo les suplico que salgan del escenario.

—Tiene usted muchísima razón—contestó sonriendo Eva Brillant; y dirigiéndose al compositor, agregó:

—¿Viene usted á mi cuarto, Oliverio?

—Tengo que hablar un momento con el empresario; pero seré con usted en seguida.

Acompañó á los dos artistas hasta la puerta del escenario, y mientras ellos se perdían por el laberinto de corredores, él se dirigió con paso firme y ligero hacia el despacho del director. Lla-

mó, y sin esperar á que le contestasen, abrió la puerta, diciendo con voz sonora:

—¿Se puede entrar?

—Seguramente—dijo en tono amabilísimo un anciano delgado y de blanquísimos cabellos, que estaba sentado ante una gran mesa de trabajo que ocupaba el centro del vasto despacho adornado con lujosos muebles, sobre los que se veían partituras, bocetos de decoraciones, dibujos de trajes, y en un rincón, un magnífico piano de cola dormía pacífica é inofensivamente. El director-empresario cogió un pliego de papel, y enseñádoselo al músico, le dijo:

—¿Ha visto usted la hoja de entrada? Hemos hecho dieciocho mil.....

—En la vigésima representación no está mal.

—Diga usted que es un resultado soberbio.... Verdad es que tenemos á Eva Brillant y á Fernández..... ¡Ah! ¡Eva Brillant!.... El día en que se decida aceptar una contrata para América, volverá siendo tan célebre como pueda serlo la primera cantatriz del mundo. ¡Qué mujer!

—Eva seguirá en la Ópera para cantar *La Veneciana*.....

—Cuando usted la concluya..... Mi querido Derstal, trabaja usted muy poco; se duerme sobre los laureles conquistados con *Erin*, y se dedica á vivir la vida de sociedad. La gente se lo disputa, y no me extraña; es usted amable, joven, elegante, y además tiene usted mucho talento.....;

pero desconfíe usted. Después del éxito ruidoso de su primera obra, es preciso que consolide su fama con otro éxito igual, mayor si es posible, y *La Veneciana* debe de ser un gran triunfo..... Le acechan á usted; tiene usted muchos envidiosos..... ¡Ah! el triunfo es difícilísimo para un músico. Son tantos los llamados, tan pocos los elegidos, y la espera vuelve de tal modo feroces á los compañeros menos afortunados, que..... En fin, trabaje usted, amigo mío; trabaje usted.

Un relámpago iluminó el rostro de Derstal; no fué dueño de contener un movimiento brusco. Se dirigió al piano sin decir palabra; arrancó el trozo de seda que cubría el teclado; preluvió con fuerza, y volviéndose hacia el director, que atónito seguía todos sus movimientos, clavó en él una mirada de desafío y se puso á cantar. Era un canto de amor, al que respondían las lamentaciones de la Veneciana, que lloraba la traición, mientras su amante prorrumpía en gritos de delicioso éxtasis. En su entusiasmo dramático, la hermosa voz de Derstal daba á las caricias del canto de amor un acento de pasión que formaba sorprendente contraste con los gritos de dolor de la infeliz mujer. El acompañamiento, que imitaba el ruido de los remos, el movimiento de las ondas de la laguna, la furia de los celos y el enervamiento de la ternura bajo el inmenso cielo azul de la ciudad dormida, resonaba vibrante y armonioso. Derstal, con la cabeza levantada y los ojos fijos en el techo, como si en

él encontrase la inspiración, se entregaba sin reservas, olvidándose del sitio en que se encontraba y de la persona ante quien cantaba. Los últimos acordes murieron lentamente bajo la presión de sus dedos; las notas se extinguieron en sus temblorosos labios, y el religioso silencio que siguió á este potente arranque de inspiración fué turbado por la voz del director, que se levantó gritando:

—¡Bravo, Derstal! ¡Bravo!..... ¡Ah! Si toda la partitura tiene la misma fuerza, bien podremos decir que nos ha nacido un genio..... Podremos sostener la Ópera sin cantar nada de Wagner. Amigo mío, amigo mío, ¡qué desquite tan hermoso para la escuela francesa! No olvide usted un momento que desde hace veinticinco años ni una sola obra—fijese bien,—ni una sola obra de las creadas en nuestra nación ha podido quedar de repertorio. Todas las que hemos explotado han sido creadas en el Extranjero, y llegado hasta nosotros consagradas por las alabanzas de Europa entera. Usted ha sido el primero en triunfar. *Erin* es un éxito grande, inmenso; pero ¿será duradero? Yo lo aseguro si *La Veneciana* triunfa, y espero que será así, pues tendremos todas las cartas en la mano. Déjese usted guiar por mí, y no dude de que le llevaré lejos, muy lejos.

El compositor, que había recobrado por completo su sangre fría, fijó con tranquila seguridad sus ojos en el director.

—Voy á empezar el tercer acto, y en septiem-

bre habré terminado la instrumentación. Si usted quiere, podrá montar la obra para la primavera próxima.....

—Yo no hago más que esperar, teniéndolo todo dispuesto. En cuanto á los artistas, puede usted contar con lo mejor de lo mejor, y si hace falta contratar alguno nuevo, no tiene más que decirme el nombre. Ya verá usted de qué modo trato á los autores.

—Ya lo sé, amigo mío—dijo Derstal con cierta displicencia.—Es usted un moderno Mecenas; pero, entretanto, tengo que pedirle un favor: querría que oyese usted la partitura de uno de mis compañeros, muchacho de gran talento, que hasta ahora no ha tenido la menor suerte, y que se mata dando lecciones, cuando en su cerebro germinan ideas admirables.....

—¿Cómo se llama su protegido?

—Pinchart.

—¿Pinchart?..... ¿Pinchart?—y con acento de desconfianza repitió varias veces este nombre.

—¡Pinchart!—agregó después de un corto silencio. ¿Cree usted que se puede llegar á la celebridad, á ser ilustre, con un nombre como éste?..... Pinchart..... Hay nombres que no se prestan para llegar con ellos á la gloria..... Yo no creo que un hombre que se llame Pinchart pueda nunca entusiasmar á los públicos. Para triunfar, el nombre es un factor muy importante, muy importante.....

—¡Bah! Bizet es nombre de palomo, y, sin em-

bargo, ¿quién se acuerda de semejante cosa oyendo *Carmen*? Créame, y oiga á Pinchart; tiene muchísimo talento.....

—Bueno, mándelo usted, y.....

En aquel momento se oyó una voz que gritaba en el pasillo:

—Vamos á empezar el tercer acto.....

—Y yo que había prometido á Eva ir á verla.....

—Le dice usted que nos hemos estado ocupando de *La Veneciana*, y verá cómo queda satisfecha con la excusa.

Juntos llegaron hasta los bastidores, en donde se apiñaban figurantes y coristas. Detrás de la decoración del foro, una banda militar se colocaba para sostener desde el escenario el efecto de la gran marcha triunfal. La orquesta había empezado el preludio. Eva Brillant, de pie junto á un bastidor, y teniendo detrás á su doncella, que sostenía la cola de su falda, esperaba el momento de salir á escena. Al ver á Derstal le dedicó una sonrisa, y con la mano le hizo un cariñoso signo de reproche. El compositor se acercó á la artista, y le dijo con entonación que revelaba una tierna deferencia:

—No ha sido mía la culpa, Eva; el empresario me ha retenido. Le he estado hablando de Pinchart.....

—Cuánto me alegro—dijo Eva vivamente—de que se hayan ocupado ustedes de este excelente muchacho.....; pero, ¿te veré á esta noche?

—Sin duda alguna. En cuanto termine la representación esperaré en tu coche.

—Perfectamente. ¿Dónde vas ahora?

—Á aplaudirte desde la sala.

—¿Á qué palco vas?

—Al proscenio de la derecha.

—¿Con los Brandón?

Al pronunciar este nombre, Eva miró fijamente á su interlocutor. Derstal contestó con displi-
cencia:

—Sí. Ya sabes que esos americanos tienen grandes pretensiones artísticas. En el fondo, son unos salvajes que no saben nada de nada; pero que quieren á todo trance que sus gustos y aficiones estén en armonía con su fortuna..... Durante todo el invierno me han estado haciendo objeto de sus más delicadas atenciones, y no he podido negarme á exhibirme en su palco durante una hora. Daban una importancia extraordinaria á este detalle.....

—Has hecho muy bien..... Voy á salir á escena, conque hasta luego.

Le dedicó una cariñosa sonrisa, y levantando la cabeza, se quitó la gasa con que cubría su cuello; arregló con el pie la cola de su falda, y andando majestuosamente salió al escenario. Derstal pasó por entre los individuos que componían la banda, llegó al pasillo que conducía á la sala, dió amistosamente las buenas noches al encargado de guardar la puerta, y subiendo precipitadamente la escalera que conducía al piso primero, entró en el palco de la señora de Brandón, en el momento en que Eva Brillant empezaba su aria.

El riquísimo americano, que estaba de pie junto á la puerta, hizo pasar al joven compositor, hacia el que se volvieron la señora y la señorita de Brandón, que ocupaban los dos sitios más visibles del palco. La madre y la hija, descotadas las dos, casi tan jóvenes una como otra, ricamente vestidas y resplandecientes de puro hermosas, eran objeto de la admiración del público que llenaba el teatro. La curiosidad que de costumbre producía su inmensa fortuna era aquella noche mucho mayor, debido á la presencia en su palco del aplaudido autor de *Erin*. La simpática figura de Derstal, conocida de todos por haberla visto mil veces reproducida en los periódicos ilustrados y en los retratos que exponían en los escaparates, había sido desde su aparición en el palco el blanco de todos los gemelos. El primero en reconocerlo había murmurado al oído de su vecino: «Derstal está allí»; y esta frase había recorrido velozmente todo el teatro y hecho más viva todavía la curiosidad de los espectadores que deseaban conocer en persona al autor de la obra que estaban aplaudiendo.

Halagadas por esta manifestación de interés que las hacía objeto de la curiosidad general y atraía hacia ellas todas las miradas, la señora y la señorita Brandón habían encontrado larguísimo el entreacto, durante el que Derstal las había dejado, privándolas de aquella satisfacción de amor propio. Puestas de nuevo en posesión del grande hombre, las americanas olvidaron muy pronto la

música para ocuparse únicamente del autor, y con un desdén perfecto de lo que pasaba en la escena, se volvieron sonrientes hacia Derstal, que, sentado en segundo término, hacía inauditos esfuerzos para ocultarse á la curiosidad del público, sorteando las columnas que decoraban el antepecho del palco.

—Sus artistas le han entretenido mucho—dijo la señora Brandón.—Nosotras hemos recibido la visita de Mr. Horacio Paget, primer secretario de nuestra embajada, que tiene grandes deseos de conocer á usted..... ¿Ha dicho usted á la señorita Brillant, según le he encargado, lo mucho que la admiramos?

—¡No faltaba más!—dijo evasivamente Derstal, que ni por asomo había pensado en ocuparse de semejante cosa.

—Atiende, mamá—dijo la señorita Brandón, en tono de reproche;—lo que están cantando es maravillosamente hermoso.

En el palco hubo un momento de silencio, durante el que Derstal oyó, por centésima vez lo menos desde que su obra se había puesto en estudio, las armonías de la marcha triunfal que tanto trabajo le había costado, que con tanto entusiasmo había compuesto, y que en aquel instante le producía náuseas. Hizo esfuerzos para no escuchar, pero el taratata de las trompetas le taladraba los oídos. Con infinita amargura pensaba: «Esto es insignificante, tonto.....; y yo estaba satisfecho de esta cadencia chillona. Hoy lo haría mucho mejor,

y seguramente no me daría por satisfecho con tan poco.....» La orquesta provocó en él un movimiento de coraje: «Bueno....., los oboes retrasados dos tiempos. ¡Ah! ¡La ejecución, la ejecución!..... Una vez terminada una obra y dada al público, no se debería oír nunca.....» Y quedó sumido en profunda meditación, de la que le sacaron las entusiastas exclamaciones de las dos mujeres.

—¡Es verdaderamente sublime!

Derstal, sin contestar, apoyó con visible fastidio la cabeza en la columna.

Según él, la admiración de las americanas acababa de juzgar su obra. Para que aquellas dos exóticas de mentalidad primitiva, y que ni siquiera sabían lo que significa la palabra estética, se extasiasen, preciso era que la vulgaridad de la célebre marcha fuese indiscutible. Á renglón seguido pensó: «Eva nunca me ha elogiado este fragmento, no hace más que tolerarlo; pero también es cierto que tiene el gusto un poco más selecto que este par de cotorras de las orillas del Misouri.»

—¡Qué hermosa es Eva Brillant!—dijo Brandón.—Antes de que crease su ópera—añadió, dirigiéndose al autor de *Erin*—casi nadie la conocía.

Derstal enrojeció hasta la raíz del pelo, y volviéndose hacia el americano, le contestó con acento no desprovisto de violencia:

—Yo era el desconocido antes de que Eva cantase mi música..... Yo se lo debo todo; ella no me debe absolutamente nada, pues una artista de su

mérito encuentra siempre la ocasión del triunfo que la coloca en plena luz, mientras que un compositor encuentra raramente el intérprete ideal que preste valor á sus ideas expresándolas con divina autoridad.

La señora Brandón movió la cabeza en señal de aprobación.

—Veo, querido maestro—contestó,—que posee usted el dón del agradecimiento; que no se hace usted ilusiones, á pesar de la grandiosidad de su éxito, y que casi pretende negarlo; por más que lo que usted afirma con respecto á la influencia que haya podido tener la cantatriz en el triunfo de su obra, no está desprovisto de un poco de exageración. Pero más vale que sea así. Esto es elegante y bonito.... ¿No es cierto, Suzy?

—Sí, muy elegante y muy bonito—repitió con cierto enojo la joven;—pero á mí me han asegurado que todo cuanto sabe Eva Brillant se lo ha enseñado usted. Parece ser que cuando salió del Conservatorio, después de haber ganado el primer premio, era muy ordinaria. Su misma voz, hoy tan hermosa, dicen que carecía de extensión y de amplitud. Usted es quien ha hecho de una discípula mediocre la gran artista que aplaudimos esta noche.... Esto, por lo menos, es lo que aseguran los inteligentes, pues yo confieso que en materias de música no entiendo casi nada.

—Es cierto que Eva ha aprendido mucho trabajando conmigo—replicó el compositor.—Tenía

que perfeccionar su garganta, atacaba mal las notas, no dominaba su voz y se fatigaba inútilmente. Yo le enseñé á sacar partido de sus excepcionales condiciones; pero lo que no pude enseñarle fué lo que ha tenido siempre: su admirable comprensión de la música, el fuego dramático y ese prestigio poderosísimo que hace que el auditorio se entregue sin resistencia posible, y que convierte á un público indolente y apático en una reunión de fanáticos. Este es el dón más grande de todos; es el que asegura los triunfos y ciñe en la frente del artista la corona soberana. Eva Brillant no está más que en los principios de su carrera, y tengan por seguro que llegará á lo más alto del firmamento lírico-dramático, y con su brillo obscurecerá el de otras estrellas que ahora resplandecen. Hoy ninguna mujer, en ningún país ni en ninguna escena, puede comparársele. Las otras tienen talento, pero ella, escuchen y miren, ella tiene el genio.

La artista representaba y cantaba la escena de su agonía, cuando cae entre las verdes palmas y las antorchas triunfantes en el suelo de *Erin* libertada. Cualquiera habría creído que acababa de adivinar todo cuanto Derstal había dicho de ella. Con sus hermosos brazos en alto, fijando con gesto de grandeza desoladora los ojos en el cielo, como para darle gracias por la salvación de su patria, dejaba salir de sus temblorosos labios el adiós á la vida y al amor. Los sollozos vibraban

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1965 MONTERREY, MÉXICO

en su inspirado canto, en el que á un tiempo se reflejaban el dolor y la alegría, y no parecía sino que el corazón de la artista dejaba realmente de latir bajo las miradas de los emocionados espectadores..... Sé oyó una aclamación comprimida; segundos después una tempestad de bravos y aplausos estalló en la sala, y la representación fué interrumpida un instante para que el público pudiese dar rienda suelta á su entusiasmo..... Luego, el acto terminó en medio de una ovación tan imponente como prolongada. Las dos mujeres se levantaron y entraron en el antepalco para ponerse los abrigos. Brandón se acercó á su hija, y Derstal ayudó á la rica americana á ponerse una salida de teatro de terciopelo verde adornada con pieles de armiño.

—¿Baja usted con nosotros, querido maestro?—preguntó la americana, que deseaba mostrarse ante todos los espectadores acompañada del joven compositor.

—Perdóneme usted, señora—dijo Derstal, dirigiéndole una sonrisa;—pero ustedes van á pasar por entre todos los abonados, y su curiosidad sería un poco molesta para mí.

—¿Por qué les niega usted la satisfacción que había de proporcionarles verle de cerca?—arguyó con insistencia la señora Brandón.—Así podrían manifestarle más directamente su admiración.

—Tal vez no todos habrían de ser tan indulgentes como ustedes, y correría el riesgo de oír hablar mal de mi obra.

—No es esto lo que usted teme—replicó alegremente Brandón.— Los unánimes aplausos que aún resuenan en sus oídos son más que suficientes para tranquilizarle con respecto á este punto; pero ya sabemos que en Francia los grandes artistas huyen de las ovaciones. Conque buenas noches, y ¿hasta cuándo?

—Si ustedes me lo permiten, el jueves iré un rato.....

Derstal saludó á las dos mujeres, estrechó la mano que le tendía Brandón, y bajando por una de las escaleras laterales, llegó al escenario, en el que sólo quedaban los maquinistas desmontando el decorado; cruzó los pasillos, saludó á los empleados de guardarropía y llegó al pequeño patio en que se colocaba el coche de Eva Brillant. Era un modesto carruaje de alquiler que iba á buscarla todas las noches que cantaba en la Ópera. El cochero conocía bien á Derstal, y tocando con los dedos el ala de su sombrero, dejó que el joven se metiese en el coche. Pasaron algunos minutos, y grupos de hombres y mujeres que se alejaban hablando y riendo empezaron á cruzar por el patio; luego el cuerpo de coristas y figurantes, larvas apagadas de brillantes mariposas que habían evolucionado en escena, se perdieron en las sombras de la noche, y, al fin, las primeras figuras empezaron á salir. Eva Brillant apareció alta, esbelta, y adelantando con paso rápido, metió la cabeza por el hueco de la ventanilla para preguntar á Derstal: